

Fecha 10.06.2010	Sección Opinión	Página 3
----------------------------	---------------------------	--------------------



Pero vamos a ganar

La voz de una señorita nos indicará en unos minutos que es hora de partir. ¡Qué locura! Cuando la señorita lo ordene, subiré al avión y viajaré 11 horas a Santiago de Chile. Bajaré, esperaré, me treparé a otro avión y volaré otras 11 horas antes de aterrizar en Johannesburgo. ¡Salgo a las siete de la mañana del miércoles y llego en la tarde del jueves a Sudáfrica!

¿Vale la pena? Tendría que decir que sí, que el partido del viernes es el más atractivo de la selección desde aquel en Monterrey, 1986, cuando se perdió en penaltis con Alemania. Decir que hay partidos de época a los que no se puede fallar.

Aunque como veterano que vio in situ tanto el cero a cero contra la Unión Soviética en la inauguración del Mundial 70, como el gol de Rafa Márquez contra Argentina en Leipzig hace cuatro años, podría pedir que se me exentara de ésta y prender la televisión deliciosamente tendido en mi

cama.

No es el deber, ni la lealtad, pues, lo que me lleva a Sudáfrica. No es la emoción singular de cantar el himno en un estadio donde estaremos en hostil desventaja de cinco a uno. Ni siquiera es el privilegio fantástico de cantarlo al lado de mi hijo de 13 años.

Voy a Sudáfrica porque le tengo fe a esta selección, la mejor que me ha tocado ver. Y la veo desde 1966. Voy porque volveré a entrar a un estadio con la gravedad con que acuden los niños.

Bendito fútbol. Leí hace poco que no es una religión que se alimenta del aire, pues toda la realidad forma parte de su esencia. Aire.

La señorita pide que abordemos. ¡Veintitantas horas en el aire, carajo! Si se trataba de empujar al Tercer Mundo, ¡por qué no hicieron el Mundial en Costa Rica!

Pero vamos a ganar. ■ M

gomezleyva@milenio.com

